



ESPIRITUALIDAD MATRIMONIAL: EL AMOR HUMANO

II - TEMA 4

Objetivo:

El amor humano hay que trabajarlo y para que llegue a plenitud debemos dejar espacio a Dios.



I. Para preparar el encuentro

Tema: Espiritualidad matrimonial/ el amor humano.

Objetivo: El amor humano hay que trabajarlo y para que llegue a plenitud debemos dejar espacio a Dios.

- **ORACIÓN**

Se propone leer el himno a la caridad de S.Pablo (1 Co 13)

- **Introducción:**

Todos estamos llamados a la santidad pero vivirla en el matrimonio es algo especial. Schoenstatt nos ofrece una espiritualidad matrimonial. Venimos a por formación y doctrina y nos encontramos con el descubrimiento del libro de nuestra vida que es humano y divino. Aprendemos a descubrir e integrar nuestra vida natural y sobrenatural. Vamos a trabajar una espiritualidad que parte de la propia naturaleza y nos conduce a Dios. Por eso es también fundamental conocernos a nosotros mismos y al cónyuge.

- **Imagen o metáfora inicial**

Un viajero se detiene ante una antigua catedral, la observa, de su maletín saca un martillo y comienza a dar golpecitos a cada piedra. ¿Qué pretende? Está verificando si son auténticas. Es el hombre de este siglo, dice el sacerdote José Kentenich. Es una generación que cuestiona la veracidad de las piedras de las viejas catedrales. Y uno de esos monumentos cuestionados es el encuentro amoroso entre el varón y la mujer que funda familia y es cimiento de la sociedad. ¿Se puede amar hoy y para siempre? “Les repito que no hay otro amor humano que genere una biunidad tan profunda como lo hace el amor conyugal. ¿Por qué? Porque presupone y entraña una de biunidad corporal, psicológica y espiritual. De ahí que también podamos afirmar que no existe otro amor terreno que sea un reflejo tan fiel del Amor Divino intra trinitario como el amor conyugal”.

Pregunta para la reunión: ¿Hay aspectos nuevos del amor humano en el matrimonio que me hayan llamado la atención?

- **CIERRE DE LA REUNIÓN**

Elegid un aspecto de vuestro matrimonio en el que mejorar y que sea motivo de diálogo y de propósito a lo largo de este mes.



2. Textos para leer y reflexionar

- I.

El amor conyugal es, ante todo, un amor plenamente humano, es decir, sensible y espiritual al mismo tiempo. No es por tanto una simple efusión del instinto y del sentimiento, sino que es también y principalmente un acto de la voluntad libre, destinado a mantenerse y a crecer mediante las alegrías y los dolores de la vida cotidiana, de forma que los esposos se conviertan en un solo corazón y en una sola alma y juntos alcancen su perfección humana. .../...

(Carta Encíclica de Pablo VI: Humanae Vitae, N° 9)

- II.

¿Cómo sabemos que el instinto del amor es simplemente el instinto primario más elemental de nuestra naturaleza? Aquí sólo precisamos saber que todos nosotros estamos hechos a imagen y semejanza de Dios, de la Santísima Trinidad. Y el rasgo esencial más fundamental de Dios es el amor. “Dios es amor” (1 Jn 4, 8.16). Y si soy imagen de Dios, poseo en mi ser este rasgo esencial fundamental: siendo así, el instinto primario de mi naturaleza debe ser el amor.

De este modo comprendemos que si amo, de verdad y en forma auténtica, ¡entonces vivo! Entonces mi vida natural podrá alcanzar su plena madurez. En cambio, si no aprendo a amar y no llego a ser un artista del amor en toda la línea – también en el plano natural. Entonces siempre seré una persona pobre, un fragmento, un ser mísero.

Por supuesto que tiene que tratarse de un verdadero amor. ¿Qué entendemos por “amor verdadero”? No es egoísmo, no es pura ebullición emocional, no es ese tipo de sensualidad inferior que grita desenfrenadamente como ladran los perros cuando tienen hambre. No. El verdadero amor es un impulso que nos hace anhelar la unión con el tú personal, humano y divino. El amor no descansa hasta haber logrado la fusión de corazones, el intercambio y la complementación de corazones, hasta lograr la plenitud de la propia personalidad en la entrega a un tú personal. En esto consiste la gran y elemental fuerza del amor.

El amor verdadero gira constantemente en torno al tú: se interesa por el tú y por su bien. No gira primaria ni constantemente en torno al propio yo; no busca la propia satisfacción sino el beneficio y el crecimiento del tú a quien se regala, trátase de Dios o del prójimo. .../...

¿Y cuándo hemos alcanzado la cúspide de este amor y con ello también la plenitud de una vida natural bullente?



La respuesta es ésta: Cuando en la relación mutua he dejado atrás lo más posible el apego desordenado al yo y cuando lo que está vivo en mí es interés por el bien del tú en su totalidad y estoy dispuesto a sacrificarme y a entregarme por él.

(J.Kentenich, *Prédicas: Lo que puede el amor*, Ed. Patris, 1987, págs.. 10 ss.)

• III. Relación entre el orden natural y sobrenatural

Se trata aquí de la armonía entre la naturaleza y la gracia o de la estrecha relación que existe entre el orden natural y el sobrenatural. La gracia que Dios nos regala la recibimos no como algo superpuesto o agregado a lo que somos. La gracia no es "algo" que se yuxtapone a lo que somos. Según afirma santo Tomás de Aquino, la gracia presupone, sana, perfecciona y eleva la naturaleza. Esta verdad central no solo tiene validez doctrinal, sino que también se debe aplicar en el campo de la pedagogía de la fe.

Otra antigua sentencia aclara también lo que queremos destacar: Dice: "Todo lo que se recibe es recibido de acuerdo con el modo del recipiente." Si vierto agua en un vaso, esta agua toma la forma que tiene el vaso. (...)

La gracia que Dios nos regala puede hacer milagros y de hecho los hace, pero normalmente, esa gracia está sometida al condicionamiento psicológico del sujeto: edifica sobre la naturaleza, la presupone. Dios pensó en una armonía de ambos órdenes. El natural y el sobrenatural. Él es el Dios Creador y Redentor que no pasa por encima de lo que Él ha creado y redimido. Nosotros perturbamos esa armonía y, muy a menudo, no la tomamos suficientemente en cuenta cuando elaboramos una pedagogía de la fe o cuando queremos educar en la fe a nuestros hijos. (...) Las virtudes de la fe, la esperanza y la caridad se arraigan (o no logran arraigarse) en nuestra capacidad natural de conocer, esperar y amar. Por ejemplo, la persona humana es un ser capaz de amar con todo su ser, con su afectividad y sus fuerzas instintivas, con su corazón y con su voluntad y ese amor se hace lúcido por la razón iluminada por la fe. Es esa capacidad de amar natural la que presupone, sana, eleva y perfecciona la gracia.

Caminos de alegría: pág. 52 y ss.

• IV.

Nuestra vida conyugal no es un añadido, sino parte de mi ser, de mi esencia. No digamos que queremos ser esposos y cultivar nuestra vida conyugal como algo accesorio. No; todo eso debe ser para nosotros un camino hacia Dios. Incluso el acto conyugal no tiene que ser cualquier cosa, algo accidental, no; es también un camino hacia Dios.



Ustedes advierten que esta es una espiritualidad específicamente ideal, más aún, que se trata de una espiritualidad específicamente conyugal y familiar. (...)

Las dimensiones del amor matrimonial: sexus, eros, amor, agapé (o caritas)

- **El amor sexual (sexus)**

El esposo y la esposa tienen derecho al acto sexual y con ello al placer sexual. Existen, por supuesto, otras formas de expresión externas del amor, como darse la mano, abrazarse, besarse, todo el mundo de las caricias, etc. Concretamente, si el acto conyugal sólo es expresión del amor sexual se desdibujará el factor personal, lo cual no quiere decir que el acto conyugal como tal no deba ser apasionado. Puede serlo y también debe serlo, porque el ardor es parte de la naturaleza del amor sexual. Sin embargo, para que el amor sexual no se quede meramente en lo instintivo, sino que se eleve a la dignidad de la persona humana, debe unírsele el amor de eros, el amor espiritual y el sobrenatural.

En este campo, se debe cuidar también la actitud frente al cuerpo. Si descuidamos nuestro propio cuerpo, podemos dañar también las otras dimensiones del amor. Por el matrimonio nos hemos conferido mutuos derechos sobre nuestros respectivos cuerpos, por eso debemos respetarnos y admirarnos mutuamente y al mismo tiempo velar por una corporeidad sana dentro del matrimonio.

- **El amor erótico. (eros). Nuestro trato mutuo**

Es justo en el trato mutuo diario donde topamos con nuestras limitaciones. Podemos experimentar que nuestro amor pierde el brillo o que se pierde la armonía entre el amor sexual, el erótico, el espiritual y el sobrenatural. Según el Padre Kentenich, con mucha frecuencia no se conoce ni se valora correctamente el significado del amor erótico, por lo que se descuida su desarrollo. Él ve en ello, sin embargo, una protección esencial para el amor sexual, que lo preserva de quedarse solo en lo "animal".

En el organismo global del amor, éste también repercute entonces positivamente en el amor espiritual y sobrenatural.

En la rutina del día a día, si no lo cuidamos podemos caer en una desapasionada evaluación del otro, sobre todo de sus debilidades. Para que el amor pueda crecer, necesita - por decirlo así - agua, alimento y abono. Hay que echar mano de la fantasía y de la delicadeza para que el otro siempre pueda sentir que él es importante para mí.

Cada pareja tiene la tarea creadora de buscar lo que hace bien exactamente a su amor en cada momento y por decirlo así, desarrollar una cultura propia. Es importante permanecer sensible y abierto hacia el otro, descubrir siempre de nuevo la belleza del otro y entusiasmarse continuamente por el otro. Entonces, el amor - con esa protección y cuidado - se desarrolla en su totalidad, entonces la sexualidad quedará integrada y podrá crecer la pureza matrimonial.



◦ 3. El amor espiritual (amor)

Al contraer matrimonio, los esposos pretenden algo en común: ser felices mutuamente, procrear y educar a los hijos. Estos anhelos, cuando son compartidos, suponen una convivencia y una comunicación, un diálogo permanente. El amor espiritual se sustenta en el diálogo permanente, en la unión de corazones.

Cuando se comparten gustos, aficiones y pasatiempos, cuando se comparten experiencias, cuando se valora lo que nos cuenten, cuando se habla con serenidad, cuando se escucha con atención, cuando se está disponible para el diálogo, cuando se resta importancia a las diferencias en asuntos opinables, cuando se pone buena cara ante las adversidades, cuando se sabe ser oportuno, cuando se guarda el respeto, cuando se tiene delicadeza en el trato mutuo, cuando se es siempre sincero, cuando se aborda la educación de los hijos de forma conjunta, etc, etc, se está trabajando para conseguir la comunicación positiva y, con ello, para hacer crecer el amor espiritual entre los esposos.

◦ 4. El amor sobrenatural (caritas) Nuestra vida con Dios

El crecimiento del amor mutuo no es posible finalmente sin el crecimiento en el amor a Dios, ya que Dios es la fuente y el origen de todo amor. Si queremos amar de forma total, también tenemos que desarrollar el amor sobrenatural. "Todo lo que fomente en mí la unión con Dios y el amor a Él, me ayudará a vivir correctamente mi matrimonio."

Mi esposo/a es la expresión concreta del amor de Dios en mi matrimonio y, al mismo tiempo, camino para mi propia santificación y para llegar a Dios. Por el bautismo somos un hombre nuevo que participa de la vida divina. Desde este punto de vista, San Pablo resuelve todas las cuestiones, también las de la sexualidad humana: Cristo en nosotros y nosotros en Cristo. Nuestra vida sexual tiene que estar diseñada de tal manera que sea digna del Cristo en nosotros. Así, nuestro amor mutuo será expresión y símbolo del amor de Dios y nuestro amor a Dios será medida y protección para el amor a nuestro prójimo.

La novedad que nos ofrece la espiritualidad matrimonial frente a la espiritualidad individual es que podemos desarrollar juntos y ayudarnos mutuamente en el cultivo de nuestra vida de fe: la oración, la meditación, los sacramentos, la lectura espiritual, los dones del Espíritu Santo, la Alianza de Amor y las gracias del santuario.

Nuestra espiritualidad matrimonial consiste en armonizar todas esas formas del amor.

(Este texto está basado en el libro "Lunes por la tarde", tomo 20, J. Kentenich)